El libro de las despedidas

(Edición revisada y completada con *Las soledades de Carancanfunfa*)

Andrés Aberasturi

prólogo de José Antonio Marina

e

Índice

Portada
Dedicatoria

EL LIBRO DE LAS DESPEDIDAS

Introducción
Nota del autor
Cita
Capítulo primero
Capítulo segundo
Capítulo tercero
Capítulo cuarto
Capítulo quinto

LAS SOLEDADES DE CARANCANFUNFA

Nota del autor
Puesta en escena (interior tarde/noche)
Las soledades
Créditos

A los míos, que sois todos.

EL LIBRO DE LAS DESPEDIDAS

Introducción

Por José Antonio Marina

Una mañana, a la salida de Radio Nacional, Andrés Aberasturi me entregó un manuscrito y, como de pasada, «sin gestos excesivos», como él dice, me preguntó: «¿Podrías leerlo, a ver qué te parece?». Vi que era un libro de poesía, le prometí leerlo en los días siguientes, y nos separamos. De vuelta a casa, en un semáforo, leí el primer poema:

Estoy en la cocina
releyendo a Walt Whitman
y las amplias praderas que dibuja en sus versos
huelen hoy a pescadilla frita,
a nevera deshelando,
a pared desconchada,
humedad, mentira y desconsuelo.

Me impresionó este arranque, que reaviva un enconado problema. ¿Cómo hacer compatible la voz milagrosa de los poetas con el coeficiente de adversidad que irremediablemente tiene lo cotidiano? Wallace Stevens escribió: «Ser poeta es serlo constantemente». ¿No es esto una fanfarronada de exquisito y a salvo?

Cuando llegué a mi casa, desalojé de mi mesa los papeles que me esperaban, y continué leyendo. Me invadió un libro intenso, preciso, expresivo, de una originalidad poética que no esperaba. Es, en realidad, una condensada narración autobiográfica. Por eso está dividido en capítulos. Cuenta la historia de una noche, en la que se dice adiós a una casa. Una casa largamente habitada es la proyección exterior de una vida, casi un alma exterior cosificada, un símbolo universal de la memoria, porque cada habitación tiene las huellas de muchos acontecimientos.

Que son la misma historia
mil veces repetida
contada por mil voces
que son la misma voz.

El título es perfecto. *El libro de las despedidas*. Despedirse es una profunda palabra que deriva del verbo «pedir». ¿Y qué es lo que se pide en una despedida? Licencia para alejarse. Una despedida no es una ruptura, sino el antecedente cortés y tierno de una separación. Se solicita una autorización precisamente porque se quiere mantener en la distancia un hilo cálido, un sentimiento agridulce, al

que llamamos nostalgia, que es el dolor por no poder regresar a donde quisiéramos. La antítesis de la despedida es el portazo.

¿Y de quién se despide el autor? De su pasado, es decir, de su vida.

Ay si yo también hoy,
en esta noche única,
pudiera despedirme
de alguien o de algo
que no fuera la vida,
mi vida ya vivida.

Comienza así una geografía del recuerdo. Las etapas constantes de la aventura-ventura y desventura- de crecer. En el origen, la memoria de los padres, de los que Aberasturi traza unos conmovedores y bellísimos retratos, usando dos imágenes: la levedad y el enraizamiento. El padre atraviesa la escena pisando levemente, como si no existiera, «con aquella vocación de pasar apenas percibido, que le hacía del todo indispensable». La madre, está presente en su firmeza, enfrentándose a la vida, «cubriendo de raíces cuanto la rodeaba, los miedos, los naufragios».

Después se habla del amor, de los amores, de la infancia, de la adolescencia, del salir al mundo.

Alguien abrió la puerta de la casa y dijo:
es la hora de partir,
ahí está el mundo.
Y oliendo a madre aún,
oliendo a pan y aceite,
a cine de Tarzán,
a beso macerado de la abuela,
salimos a la vida
con una mezcla rara de estupor
miedo y deseo.

Más tarde, habla de los hijos. «Contemplo ya por último el rostro de mis hijos». Y se despide, como se despedía otro gran poeta: «Me voy, me voy, pero me quedo».

Os amo sin palabras,
sin gestos excesivos
pero pongo voracidad y rabia
en este amor
del todo involuntario
que más que sentir yo
es él quien me posee
con paz

y sin estrépito.

Tal vez sea esta la gran virtud del libro: intensidad sin estrépito, dramatismo sin gestos excesivos, serena aceptación de lo inaceptable, dulce alejamiento de lo imprescindible.

La creación poética integra una doble creación: la experiencia y la expresión de esa experiencia. ¿Qué experiencia alumbró estos poemas? *El libro de las despedidas* es un caso claro y firme de poesía amorosa, y su experiencia esencial es la ternura. Una valiente ternura hacia la realidad entera, siempre tan vulnerable: «Qué mezcla de ternura y de derrota», dice un poema. Y en otro se despide del jardín «donde nunca nacieron flores del todo hermosas». La ternura es, precisamente, el amor hacia lo pequeño e impotente, la energía que nos salva de la finitud. La tenaz aceptación de la luz y la oscuridad, de la grandeza y la pequeñez, del amplio vuelo de Walt Whitman sobre las praderas del mundo y la nevera que se deshiela, del amor que es un ciervo veloz y vulnerado.

Vente conmigo
amor
porque llegó el momento de partir
y no quiero más compañía que la tuya,
tan siempre abandonado
amor
tan siempre roto
pero nunca
del todo
desahuciado.

Este contraluz del sol y de la luna, del haz y del envés, del pañal y la mortaja, esta inagotable acogida de lo imperfecto que guarda sin embargo lo perfecto a otra escala, esta universal y desolada ternura me ha conmovido en esta mañana invernal y soleada. Mientras leo estos poemas he recordado varias veces la que para mí es la frase más poética de los evangelios, cuando al hablar del futuro mesías, se dice como definitivo elogio: «No romperá la caña tronchada, ni apagará el pábilo vacilante». Hay en este libro una poesía salvadora.

Al final, una carta de amor que resume el inevitable futuro del ayer.

Te quiero.
No hay más.
Esto es todo.

Y, además, una frase que altanera y contradictoriamente define al autor, con una bella y verdadera paradoja:

Humildemente yo.

Leí el libro con entusiasmo, y llamé a Andrés para decírselo. Me preguntó cuatro o cinco veces: «¿Pero lo dices de verdad?». Y después de meditarlo un poco, me preguntó, como si estuviera excusándose por hacerlo: «¿Escribirías algo de prólogo?». Le dije que para mí sería un honor. Estas páginas son el cumplimiento de ese honor.

Nota del autor

En este libro aparecen no pocas de lo que se ha dado en llamar «intertextualizaciones», es decir, la utilización de versos —en este caso— de no pocos poetas. El autor ha decidido no señalarlas de ninguna forma especial por dos motivos: para no romper la unidad gráfica del relato y porque la mayoría son de sobra conocidas. De cualquier forma es su homenaje personal a Juan Ramón Jiménez, Miguel Hernández, Pablo Neruda, Dámaso Alonso, Gabriel Celaya, Félix Grande, Julio Cortázar, Alfredo Zitarrosa y tantos otros.

… entre ninguna parte y el olvido.
De la película *Million dollar baby*

CAPÍTULO PRIMERO

1

ESTOY EN LA COCINA

releyendo a Walt Whitman
y las amplias praderas que dibuja en sus versos
huelen hoy a pescadilla frita,
a nevera deshelando,
a pared desconchada,
humedad, mentira y desconsuelo.
Nada tiene que ver su enorme voz universal,
su canto largo como río
con este pequeño descalabro
que me habita
tan íntimo y doméstico.
Ni sus versos ni él,
ni tantos como él
que una vez me poblaron
y a los que amé sin remisión ni orden
y que hoy
—en esta noche—
enfrentan al olor del aceite
sus hermosas metáforas,
su tristeza bellamente narrada
que fue vida
en un momento de mi vida
y ya no es
sino rastrojo muerto,
bosque incendiado,
jardín que el desencanto
ha cubierto del todo de maleza.

2

HOY NO SIRVEN LOS VERSOS

ni mañana
ni nunca;
la nevera
se deshiela lenta
y hay un charco de agua
que lo amenaza todo,
que crece con desmesura en la cocina
lo mismo que el final
crece en la vida.
Las gotas del frío derretido
bajan por las paredes blancas
de esta historia
que pronto será historia descompuesta,
sepia,
—ese amarillo brumoso y metafórico—
destartalada crónica
de un adiós clandestino y miserable
que hoy empieza a caer sobre mi vida
lo mismo que esa gota
desciende lenta,
se para unos segundos como dudando,
toma otra dirección
para rodar al fin de golpe
por la baldosa blanca de la pared
desnuda de la casa.
(Qué bien Cortázar,
cómo contaba
el suicidio de una gota de agua
por el cristal de la ventana
en una tarde de nostalgia,
niñez y lluvia, París/Montevideo;
qué mezcla de ternura y de derrota).

3

LLEGÓ LA HORA DE ABANDONAR.

Es conveniente
deshelar la nevera,
rebozar la pescadilla,
cenar un poco
y abandonar la casa
dejando todo abierto
esta noche que es ciega
aunque haya luna,
dejarlo todo
como si fueras a volver
otra vez de madrugada;
salir de aquí,
de esta casa que se inunda poco a poco,
salir como si nada,
con el mismo gesto cotidiano
mil veces repetido
en mil noches distintas
pero sabiendo que esta vez
es para siempre,
para no volver más,
ya nunca más,
ya nunca.
Hoy dejaré las puertas
y las ventanas de la casa abiertas,
de par en par abiertas,
abiertas
para siempre.

4

NO SE TRATA DE HUIR

—ojalá—
porque la huida esconde siempre una razón,
un miedo o un destino.
Ni tan siquiera huyo.
Me voy, sencillamente,
porque ya he caminado los regresos
de todos los destinos
y solo queda partir
para no volver más.
Pero partir a dónde;
esa es la cuestión.
Sé que esta es la hora
porque ya no existe residencia abierta
para mí en esta tierra
ni posibilidad alguna de regreso.
Si todo futuro
descansa en el pasado,
dónde va el hombre
cuyo pasado es tiempo descompuesto,
abandonado edén,
patria perdida,
nada.
Decidme
dónde puede ir un hombre así.
Solo me queda un paraíso:
el desierto jardín que se levanta
entre ninguna parte y el olvido.

5

RENUNCIO A MIS RECUERDOS.

Desbaratados
los dejo aquí, en la casa.
No abomino de ellos,
no los niego;
renuncio simplemente a mis recuerdos
con respeto y sin pena
porque ya no me sirven de coartada
ni quiero atrincherarme en el pasado;
son libres desde hoy para instalarse
en un lugar más fértil que mi memoria seca,
en un corazón con sangre más caliente
que este corazón que hoy se despide
serenamente frío
de la casa encendida
que habitó tantos años.
Me voy tranquilo:
vacía la conciencia,
el espejo del armario intacto
y la desesperanza
cuidadosamente doblada
a los pies de la cama.
Aquí se queda todo cuanto amé
y que es lo único
que al fin me justifica.
Las luces siguen encendidas,
la puerta abierta;
todo
como si nada,
como si realmente
este no fuera
el viaje final,
el que carece
definitivamente
de regreso.

ME VOY

porque no quiero ver
cómo la última gota
en el deshielo
rebosa por los muros
su caudal de ternuras desbocadas,
se convierte en riada
y lo inunda todo
y arranca de cuajo
los marcos de las puertas,
arrastra los sillones de las tardes amarillas
y anega ese jardín
donde nunca nacieron
flores del todo hermosas.
Dejo la casa
de forma voluntaria,
sin desahucio ni venta
ni alquiler ni intercambio;
la dejo llena y dispuesta
para ser habitada
por quien quiera venir,
para que viva en ella
quien decida continuar
nunca mi historia
sino la historia misma de la casa
que es mi historia y la vuestra,
la de todos,
porque la casa
no es una ni es de uno;
la casa son mil casas,
tiene mil dueños
que al fin
son siempre el mismo dueño;
son mil historias
que son la misma historia
mil veces repetida
contada por mil voces
que son la misma voz:
mil hijos recién nacidos,
mil muertos

que son siempre, siempre
el mismo muerto
gloriosamente repetido
una y otra vez,
siempre igual,
siempre distinto,
pequeño muerto intrascendente,
pequeño muerto mío,
el hombre así, sin más,
el hombre solo,
el hombre
gloriosa e inútilmente repetido.

CAPÍTULO SEGUNDO

1

PASILLOS INTERMINABLES,
solemnes habitaciones,
esquinas como plazas,
salas de estar y ser,
ventanas entre acacias
en las que sollozaban
los gorriones del alba.
Y el cuarto de los padres,
sus sábanas,
aquel olor a ellos
que era ya un telegrama
de paz y confianza.

2

Y MI PADRE RELEYENDO EL PERIÓDICO

con sus ojos de agua
y sus humildes ritos,
sus idas y venidas por la casa
pisando levemente
como si no existiera
y llenándolo todo
con aquella negación de su existencia,
con aquella vocación
de pasar apenas percibido
que le hacía del todo indispensable
mientras mi madre
se enfrentaba a la vida
cubriendo de raíces cuanto la rodeaba.

3

UNA NOCHE MIS PADRES
se hicieron de pronto viejos.
En un abrir y cerrar de amaneceres
todo el tiempo del mundo
se les vino de golpe
y solo un viento negro
irrumpió en aquel templo humilde
que era el cuerpo menudo de mi padre;
desordenó su corazón,
desbarató el altar sencillo de su rostro
y fue desordenándolo todo
tan despacio,
con una crueldad innecesaria.
En sus últimos días
tendía con angustia
la mano al infinito
a quién sabe qué ángel
que le aguardaba dónde
mientras la muerte
desesperadamente lenta
lo iba poseyendo.

EN SUS ÚLTIMAS HORAS

la vida le resbalaba
negra ya
entre los labios
y lo deshabitaba
con saña
y sin sentido.
Murió de madrugada.
Yo dormía.

LA MUERTE NO ES HERMOSA.

Se puede hacer literatura
pero nada podrá nunca esconder
el desorden total que la precede,
esa tremenda soledad
de aquel que va a morir
y ya casi no es sino una sombra leve,
apenas un esbozo
de aquel que fue
y que en su tiempo
llenó el espacio
de amor e incertidumbres,
que hizo pan con sus manos,
sembró trigo,
puso en marcha las máquinas;
el mismo que luchó y murió tantas veces
sin que nadie dijera una palabra
de tantas muertes
como la vida exige
para ser vivida.
La muerte no es hermosa;
es solo un golpe cierto, seco,
inevitable
que huele a perfume viejo,
agria colonia;
pero nunca es hermosa.
La muerte no es hermosa.

6

MI PADRE MURIÓ EN CASA,
en su casa y la mía,
porque la casa son mil casas
y también mi corazón destartalado
era su casa
y su auténtica muerte
no fue en la cama sobre la que yacía
el cuerpo ya sin vida del padre
sino en mi corazón
que latía sereno
mientras todos lloraban
la derrota final,
definitiva,
de aquel hombre
que pasó de puntillas por la vida
dejando sus silencios
como herencia,
su humildad como inútil ejemplo
y su mirada dulce
como un hogar siempre abierto.

7

CONTEMPLO EL CUERPO SIN VIDA DE MI PADRE
y no puedo llorar.
Evoco cuanto he dicho:
su silencioso paso por el mundo,
su vocación de inadvertido,
su bondad,
todas las muertes que tuvo que morir
para seguir viviendo
y la ternura siempre escondida
entre sus manos,
habitando en sus ojos
y bendiciendo el mundo
con tan solo mirarlo.
(Recuerdo con claridad
las manos de mi padre
tan siempre ahí,
tan contenidas siempre
que solo se desbordaron
cuando la muerte
al fin
decidió,
de una vez,
desbaratarlo).

8

MI MADRE FUE LA MADRE,
templo y raíz,
árbol de luces y de sombras
bajo el que cobijar
las dudas y los miedos,
las pequeñas historias familiares
y para todos tuvo
palabras de saber y de perdón.
Y su voz era bálsamo y paloma,
seguridad y canto.
Nunca la ternura
—y era tierna—
la desvió del centro que ocupaba
y todavía añoro
la certeza que daba su presencia,
su eterno estar en pie,
saber que estaba ahí,
tan siempre ahí
salvando los naufragios,
el fatal abandono
previsto y necesario,
ese desgarro
que se celebra con sonrisas.

9

CUANDO MURIÓ
—ella en mis brazos—
comprendí
la tremenda sencillez de la muerte,
ese instante final, definitivo
que reduce a recuerdo
ceniza y humo
tanta lucha,
tanto amor derrochado,
tanta historia
—un instante de nada
de paso por el mundo—.
Su tiempo final fue solo un laberinto
de cables y gusanos,
un pánico infantil,
una demencia oscura.
A veces la vejez
es una casa llena de horror
y desamparo,
una soledad que habitan los fantasmas.
(Descolgada,
por detrás de sus ojos,
estaba la locura).

10

CUANDO MI MADRE MURIÓ
—amargo amanecer
sin hojas y sin magia—,
la casa de la infancia
se derrumbó de golpe.

LA OBRA DE MIS PADRES

fueron sus hijos;
esa fue su humilde aportación al mundo.
No levantaron grandes edificios
ni tendieron puentes
ni descubrieron nada
que no fuera la paz de cada día.
Como otros muchos
llenaron el tiempo que les tocó vivir
con honradez,
sin odios,
sencillamente vivos;
no legaron a la posteridad
hermosas creaciones
ni contribuyeron
a enriquecer la Historia
sino creando vidas,
vidas nuevas que aparecieron
en la tierra
porque ellos existieron
y se amaron.

EL HOMBRE CONTINÚA.

Somos millones,
millones de millones
y yo quisiera hoy
despedirme de todos
uno a uno,
abrazaros,
besaros en la frente
y ungiros con mis manos de peregrino
que se va para siempre.
Para vosotros quiero una palabra
—la más hermosa—
porque de todos me siento responsable,
de los de antes y de los de ahora,
de los que llegarán muy pronto
y también de aquellos
que no son,
que nunca han sido,
que ya nunca serán
sino solo un proyecto
en el camino de la nada.

13

ESTOY TAN SOLO HOY,
tan preparado ya
para dejarlo todo,
que siento dentro de mí
la multitud del mundo
agitando nerviosa los pañuelos,
esas banderas tristes
que luego persiguen al viajero
por todos los rincones de la tierra,
jirones de lágrimas y olvidos.

AY SI YO TAMBIÉN HOY

fuera un viajero
que viene o va,
que abandona una ciudad
o busca otra.
Ay si yo también hoy,
en esta noche única,
pudiera despedirme
de alguien o de algo
que no fuera la vida,
mi vida ya vivida,
ese desorden que ahora se agolpa en el pasado
y se me ofrece
pleno y vacío
bajo la luz incierta
de la noche sin tregua.
Solo tengo pasado;
solo el pasado
me importa en esta hora
y no como una suerte de nostalgia
sino por el deber de despedirme
de todo cuanto he sido y ha sido
en este tiempo incierto.

EN ESTA CASA CONOCÍ EL AMOR

y ese desgarro
me hundió hasta el fondo
en el abismo claro
de su brutal inconsistencia.
El amor es el oficio de los hombres
y el dolor
y el olvido
su destino fatal e inevitable.
Amar a manos llenas,
amar sin paz ni orden ni concierto,
amar hasta morir,
amar sin tregua ni descanso,
amar hasta el final,
amar
y arrebatarse en ese incendio
que abrasa los orígenes
y ahoga
y salva.

CAPÍTULO TERCERO

1

TAMBIÉN YO TUVE MI TIEMPO PARA AMAR

y juro
que no quedó rincón
en esta casa grande
que no fuera testigo
de ese vértigo.
Amé con la torpeza
de los hombres
y con la urgencia
de las bestias.
Amé sobre los lechos
de las dulces palabras
y las caricias tenues
y amé también
entre las llamas
de todos los incendios
que ardían en la casa.
El mundo era una hoguera fabulosa
y dejarse abrasar en ese fuego,
enajenarse allí
y consumirse
hasta morir de amor
era salvarse,
renacer otra vez
santificado,
marcado en lo más hondo
por el hierro
que el amor mantiene al rojo vivo,
que destruye y abrasa
y cicatriza
y crea
la más hermosa forma
de morir
para seguir viviendo.

2

EL AMOR TIENE NOMBRE Y APELLIDOS,
carnet de identidad,
fechas borrosas,
rostros desordenados,
portales que en realidad eran guaridas
aceras desdibujadas de ciudades sin nombre,
parques de humo,
hoteles de pasillos silenciosos,
cuartos de estar
con pianos de leyenda,
buhardillas,
descampados,
corralas,
casas deshabitadas que habitaban
esta gran casa
que hoy abandono ya
definitivamente.

MUJERES QUE PASARON POR MI VIDA

apenas un instante,
el tiempo suficiente
para que su caricia
germinara y creciera.
También yo derramé
sobre sus cuerpos
el silencio, la risa y las palabras,
el pulso acelerado que buscaba con deseo
las fuentes de la sangre,
el origen de todo,
lo absoluto.

HE AMADO

de todas las maneras:
con paz y con urgencia,
con silencios y aullidos,
con la terca rudeza de la cólera
que busca un refugio
para su miedo último,
esa cueva sagrada
en la que guarecerse
mientras pasa la muerte
pisando mariposas.
He llegado al amor
como los náufragos llegan a los sueños:
a punto de morir,
perdida la conciencia,
enloquecido.
Y fue playa el abrazo
y el corazón hoguera.
Cuánta dulzura
contenían sus manos
y cuánto bálsamo
aquella entrega
que restañaba las heridas.

5

AMOR:
quiero que sepas
que nunca te he negado,
que solo he sido
carne de mi desgracia
y que mi olvido
no era más que miedo a manos llenas;
que en mis noches de fuego y alacranes
he llorado por ti con tanta hondura
que las lágrimas
eran surcos de limón en las mejillas
y el corazón, agrio y mezquino,
ni se atrevía siquiera
a pronunciar tu nombre
por pura cobardía,
para no deshacerse
en la amarga verdad,
para seguir mintiéndose
y no despedazarse
entre aullidos y blasfemias
de dolor y de sangre.

6

AY AMOR,
ni te imaginas
el precio que he pagado
por un poco de olvido.

7

QUÉ FÁCIL ERA AMARTE,
amor,
qué fácil era.
Amarte al aire libre,
prisionero del aire,
llenar de amor los días de cerezas
y buscarte también en el desahucio
de las noches sin trampas
ni respiros,
buscarte en el exilio de mis sueños,
cruzar el mundo
olfateando igual que un perro enloquecido
la ciudad tan llena de alimañas
hasta dar con tu olor
y allí escarbar la tierra
y encontrarte,
hallarte al fin
ya muerto para mí,
ya sepultada en un recuerdo con forma de mujer,
cuerpo ajeno
que un día pensé mío
y al que hoy acarician otras manos
y otra boca penetra
y le da vida.

POR ESO QUIERO

en esta noche ya definitiva
despedirme de ti
y desprenderte,
desarraigarte
escrupulosamente
de mi vida,
abandonarte, amor,
y abandonarme
porque ningún dolor me puede doler tanto
como el tuyo
ni existe una extensión más grande
que esta herida
con la que me hice hombre
mientras tú te entregabas
al papel de mujer
en mi costado.
Acompasando miedos y latidos,
juntando soledades,
arañando la piel
o maldiciendo al mundo
con tu nombre,
se agrietaban las noches
y ardían las hogueras.

9

CÓMO TE AMÉ, AMOR,
cómo aún te amo,
con qué resignación
de lobo miserable y asustado
te recuerdo en esta noche
de vacíos.

10

MAS CÓMO DESPEDIRSE DEL AMOR

si el amor va conmigo a donde vaya,
si es parte de mi cuerpo,
esencia de mi esencia y de mi exilio,
si yo soy lo que soy tan solo
por el amor que tuve y me tuvieron.
Solo el amor me hizo y me deshizo,
solo el amor
y sus alas heridas
justifican mi vuelo
y explican mi renuncia.

11

CÓMO DECIRTE ADIÓS,
amor,
cuando te llevo tan adentro
que si me voy
vendrás conmigo
y si me quedo
conmigo morirías
ahogado como yo
en esta espera,
en esta casa
que pronto será
un charco de amargura,
un vacío tan solo,
solo naufragio.
Vente conmigo
amor
también ahora
cuando el derrumbamiento
está ya tan cercano
y resulta
del todo inevitable.
Vente conmigo
amor
porque llegó el momento de partir
y no quiero más compañía que la tuya,
tan siempre abandonado
amor
tan siempre roto
pero nunca
del todo
desahuciado.

VENTE CONMIGO AMOR

y que los dioses
perdonen o castiguen la osadía
de este pequeño ser humano
que no huye,
que tan solo se va,
se va sencillamente
y solo quiere
llevarse esa porción de su pasado,
ese cuarto y mitad
de paraíso en ruinas
que nunca llegó a ser
del todo suyo,
esa ínfima parcela de belleza
—lámina gris
descolorida—
clavada en la nostalgia
a fuerza de dolor
y que no sangra
porque el amor
termina coagulando
el incesante flujo de un corazón
desportillado en sus esquinas,
roto ya,
tantas veces rehecho
que sería grotesco
volver a restaurarlo
con purpurina ajada,
restañar sus grietas,
retejarlo
para que no se inunde
en esta noche larga
de lluvias y pañuelos.

13

MI CORAZÓN NO ES SOLO UNA METÁFORA.

Mi corazón es un músculo supremo,
un gorrión en el pecho
y de la misma forma que el gorrión
ha aprendido a dormir en las acacias,
a ganarse el vuelo en las esquinas
en el ir y venir de una ciudad que llora
y no sabe que llora,
que ama
y no sabe que ama,
que mata y muere cada día
desangrada en ocasos,
así mi corazón
logró sobrevivir
acunando latidos
en tardes de tragedia
cuando echarse a morir era tan fácil,
tan tentador,
tan dulce.

14

PERO MI CORAZON SIEMPRE TENÍA

un latido guardado en la recámara
y disparaba sin piedad
a quemarropa
y mataba a la muerte
en el último instante
y malherido
—pero otra vez sobreviviente—
tiraba de este cuerpo,
lo arrastraba
hasta ponerlo a salvo
al lado de la vida;
y allí los dos
sobre el asfalto,
—carne de arcén,
sombra de esquina—
mi corazón y yo
tocábamos el fondo
negro y terrible
del sueño más abrupto
mientras, inmóviles,
dejábamos que un tiempo
de bálsamo y vinagre
se posara con suavidad sobre nosotros
restañando
las alas maltratadas,
las heridas,
las viejas cicatrices que se abrían
para drenar ausencias y vacíos.

MI CORAZÓN Y YO

con el amor a cuestas
en busca de un hotel
o de un olvido.
Mi corazón y yo
tan siempre solos,
tan siempre en compañía.
Mi corazón y yo
haciendo y deshaciendo
los caminos,
buscando entre vosotros todos
huellas de nuestro pasado,
las casas que fuimos habitando
y que eran siempre la misma casa,
la misma casa siempre a la que el tiempo
cambiaba de color y jugaba a ser otra
pero era la misma casa,
era siempre esta casa
inmensa cuando niño,
misteriosa
y que creció después conmigo,
con nosotros,
creció y creció
ofreciéndose siempre
clandestina y evidente
a los pájaros del barrio,
cambiándose y cambiándonos
con las puertas de par en par abiertas
al tiempo y a las cosas.
Pero era la misma casa,
era siempre esta casa
vestida de lujuria
cuando el amor tocaba
y que se hacía
cueva de desamparo
junto al miedo,
cementerio de hienas
para el odio,
jardín y selva
jungla y desierto,

burdel y ermita,
comienzo del trayecto,
fin del camino,
todo,
cualquier cosa;
la casa siempre abierta
y siempre tentadora
con tal de retener
un poco más
a esta esquizofrenia
que fuimos mi corazón y yo;
mi corazón y yo
con el amor a cuestas.

CAPÍTULO CUARTO

1

SÍ, TODAS LAS CASAS ERAN ESTA CASA,
la que hoy abandono
solo en mi soledad
en esta hora final
revestida de renuncia y despedida.
Dejo aquí los paisajes,
el entramado gráfico
de tantos sentimientos,
los fondos que sirvieron
para tantas funciones
en las que el héroe
—quién si no yo—
declamaba su tragedia
hueco y grandioso
en busca del aplauso
o huía de la escena improvisando
una frase final,
pidiendo a gritos
que bajara el telón
y atravesaba frenético el foso de la orquesta,
corría por el patio de butacas
y presa de quién sabe qué pánico
atroz y repentino,
buscaba con urgencia la salida
y ganaba la calle
a duras penas
porque en la calle,
al final de la calle,
estaba la salvación,
el cobijo seguro de la casa
y en la casa
sería otra vez yo,
yo sin guion y sin disfraces,
yo solamente
acunando mi miedo,
rehaciendo el gesto
para que continuara la tragedia.
Humildemente
yo.

2

PERO LA CALLE, AY,
era también un decorado,
otro paisaje
en el que las figuras
todas
—también la mía—
caminaban con urgencia
hacía sus casas
que eran mi casa
lo mismo que mi pánico
era también su pánico,
el pánico de todas las figuras
que buscaban el refugio seguro de la casa
que era la misma casa
porque todas las figuras
eran también
tan solo una figura,
la misma figura repetida
del único paisaje
caminando según lo establecido
en el guion ya escrito
hacia la misma casa;
y los paisajes todos
eran tan solo decorados
para la única función
que se viene repitiendo sin descanso
desde el principio de los tiempos.

3

EVOCO ESOS PAISAJES

en esta noche rara
en la que me despojo
ya para siempre
de todo decorado:
días de luz,
los parques de crepúsculos violetas,
mi niñez de tranvías y hojalata,
las calles con acacias,
viento de acera a acera,
la niebla que esparcían los fantasmas,
largos pasillos, el salón,
los jueves que venían las visitas,
el timbre de la puerta con sus claves,
los tres patios
que eran en realidad tres mundos
y la calle,
siempre la calle ahí
al otro lado del cristal de la ventana.
Y en la calle
la vida.

LA VIDA ERA
un ir y venir de lutos y colores:
la vieja que vendía caramelos,
el hombre de las barbas
que era el loco del barrio,
carboneros oscurecidos en otoño
con hules en la cabeza
—aquellos heraldos negros—
que en verano
pinchaban con un garfio
largas barras del hielo.
Y la tienda de flores
y la farmacia
y la Iglesia epicentro de la vida
que olía a cera y humedad,
a incienso y miedo.

5

Y EN LA IGLESIA AQUEL CRISTO AGONIZANTE

inmenso
a punto siempre de morir
mirando hacia otro lado,
hacia lo alto
donde no había nada
y esperándome allí
con el dolor sangrando en su costado,
siempre esperando
con la boca entreabierta,
agonizando siempre
con los ojos perdidos
en busca de una luz
que nunca entraba.
Yo no puedo salvarte
—sollozaba angustiado—
así que muérete,
muérete de una vez
Cristo terrible,
deja ya de esperar,
nadie vendrá a salvarte
—está escrito—
de forma que no tiene sentido
eternizar esta agonía
de mística madera.
Pero el Cristo
nunca se moría,
nunca.
Allí debe seguir
esperando inútilmente la luz
con la boca entreabierta
y el dolor desangrándole
pintura roja en el costado herido
por los siglos de los siglos.

TODO CAMBIÓ LA NOCHE

en la que Gilda, derrumbada por los años,
apareció en el barrio
vendiendo crisantemos.
Empezaron los crímenes atroces.
El parque era un furor
de fiebre entre las sienes,
y todos los paisajes
eran solo una herida
de amor e incertidumbre
que supuraba sangre, esperma y músculo
en las noches espesas
de vino y fresas rotas.

7

MIRO LA CASA POR ÚLTIMA VEZ
y en todos los rincones
hay trozos de adolescencia,
ese paisaje que no es
—oh tiempo incierto—
sino el intento de ser,
de hacerse cada día
y cada día
asistir desconsolado
al gran derrumbamiento
del mundo y de las cosas.

ME DESPIDO TAMBIÉN

de aquella furia inútil,
necesaria;
de Gilda envejecida y loca
con sus guantes de seda
comidos por los años.
Paisajes en cinemascope,
crisantemos y versos,
los crímenes del parque
y el único Tarzán
que enloquecido por los años
gritaba malherido en un psiquiátrico
convocando a la fieras
de una jungla que en realidad nunca existió:
cartón piedra y mentira
lo mismo que los sueños;
solo la muerte acudió a su llamada
y fue entonces
cuando el silencio cayó
vertical
sobre nosotros
como caen
las serpientes
de los árboles.

AQUEL DÍA AMANECIÓ

sin que cantara el gallo,
de golpe y sin campanas.
Alguien abrió la puerta de la casa y dijo:
es la hora de partir,
ahí está el mundo.
Y oliendo a madre aún,
oliendo a pan y aceite,
a cine de Tarzán,
a beso macerado de la abuela,
salimos a la vida
con una mezcla rara de estupor
miedo y deseo.

10

LA VIDA ERA LA CASA

la casa por hacer,
la casa construida,
la casa derrumbada;
y en la casa la vida,
la vida realquilada con derecho a cocina,
la vida que cubría con sábanas de hilo
lo mismo que mortajas
el esplendor antiguo
de salones que ya nadie habitaba;
la vida temblando en cada instante,
huyendo de unos ojos
para instalarse en otros,
la vida agazapada en cada esquina de la casa,
esperado en silencio
al final del pasillo,
cambiando de lugar los muebles,
desdibujando los relojes
mientras los inquilinos
todos
se daban al amor, al odio,
al imposible olvido
con tal de que esa cosa
—la vida—
les retuviera un poco más
bajo el techo
sagrado,
seguro
de la casa.

11

YO FUI UNO DE ELLOS.

Durante años
supliqué como todos: «Luz, más luz»
y sentía la urgencia
del tiempo que se iba
y allí,
en la casa,
ardía en los laberintos,
me enfrentaba a los sueños,
quise tocar la gloria
y hasta llegué a rozarla:
no era nada.
Luz, más luz...
Entonces ignoraba que vivir
es un oficio de tinieblas
y que a tientas
hay que ganarse el pan de cada día,
el amor y la muerte.

LUZ, MÁS LUZ...

y encendían pálidas bombillas enfermizas.
Mujeres con alcuzas
cruzaban por la ciudad de barro,
de goma lisa y negra
con boquetes de olor a vaquería.
Luz, más luz...
Pero la autoridad
había decretado restricciones,
achicoria, traje gris
y brazalete negro
de respeto a los muertos.
Los muertos,
siempre los muertos
injustamente muertos,
vilmente asesinados,
gloriosamente caídos,
ejecutados en juicios sumarísimos.
Da igual: eran muertos,
solo eran muertos,
desconocidos muertos
que tiñeron el cielo de mi infancia
de plomo gris plomizo
y azúcar negro.

13

NO HABÍA MÁS LUZ.

La casa era una casa oscura,
grande y oscura
y las ventanas
se abrían a patios interiores
que olían a humedad,
a víspera y hervido;
cada noche, en voz baja,
se hablaba de la caída inminente de la casa,
de su derrumbamiento,
de las grietas
que eran nidos de ratas,
pasto de desconsuelo.
Pero la casa seguía en pie
y año tras año
venía el hombre del palo largo
y aireaba la borra
de los colchones viejos
y los cosía
y por la noche
muchos dormían confiados
mientras otros lloraban en silencio
lágrimas clandestinas
porque sabían
que sobre aquel colchón de borra y de tristeza
nunca tendrían
ni sueños de color
ni aire nuevo.

14

HOY,
con la confusa distancia de los años
me despido también
de aquel oscuro tiempo,
de la confusa turba
que éramos todos
cuando creíamos habitar
mil casas diferentes
que eran la misma casa:
la única casa en la que el hombre
—el hombre siempre, el hombre—
busca amparo a sus miedos,
compañía
a su íntima soledad incuestionable,
la suavidad amarga
del imposible vino del olvido,
la imperiosa necesidad
de edificar
—¿el qué?—
sobre recuerdos.

ABANDONO EN ESTA NOCHE CIERTA

mis dudas de estos años,
las preguntas
que me llevaron en busca de respuestas
que luego no servían,
la serena angustia de existir
ahogado por la paz
de quienes me rodean
y salvado por ellos
para este oficio raro
que es vivir
y en el que sigo todavía
pese a todo,
por todos,
en todos,
junto a todos.

16

ME APARTO DE LA LUCHA,
solo es eso;
abandono esta noche
mi propia certidumbre
de ser o de no ser
—la eterna duda—
y que la vida me posea
sin esfuerzo
abandonado como estoy
—oh abandonado—
y ya vacío
pese a todos.
Porque el hombre
al final
siempre está solo.
El hombre solo
naciéndose y muriendo,
dibujando su primer horizonte,
aprendiendo a soñar
sueños que luego
tan solo son exilios y tormentas;
el hombre ante la nada,
frente al caos,
el hombre solo
creyéndose capaz
de ordenar el desorden,
de llenar el vacío,
de habitar las distancias.
El hombre al fin
solo
frente a la muerte
que sonríe y le cerca
desde siempre.
Tan siempre solo
el hombre,
tan siempre solo.

CAPÍTULO QUINTO

1

Y SOLO EN ESTA NOCHE

de soledad sin llanto
mientras serenamente escribo
lo que siento
contemplo ya por último
el rostro de mis hijos.
Conozco cada uno de sus gestos,
cada milímetro de su piel;
reconozco su olor,
intuyo su presencia,
y hasta sé de qué forma
miran el mundo que les dejo.
Pero ignoro
—realmente lo ignoro—
qué piensan de mí,
qué se esconde tras esa forma de mirarme,
de mirar al ser humano que hoy abandona
y al que uno llama padre
y el otro
—mi niño,
mi niño eterno—
sonríe
como nadie en el mundo
me podrá sonreír.

2

OS CONTEMPLO HIJOS,
os miro cara a cara
y no cierro los ojos
ni inclino la cabeza.
Os amo con orgullo
cuanto un hombre puede amar
y aun antes de que fuerais
ya os amaba
y así seguiré
involuntariamente hipotecado
a vuestras vidas
hasta el fin de mi tiempo.
Os amo sin palabras,
sin gestos excesivos
pero pongo voracidad y rabia
en este amor
del todo involuntario
que más que sentir yo
es él quien me posee
con paz
y sin estrépito.

3

AY SI SUPIERAIS

qué abrumadoramente me ha perseguido
el hecho trascendente
de haber contribuido a que existierais,
a que fuerais como sois,
vosotros mismos
en este desconcierto que es la vida,
vosotros ante el dolor, el miedo,
la rabia y la sonrisa,
vosotros solos
frente a ese vértigo hermoso
llamado libertad.
He sido yo,
yo soy el responsable,
pequeño dios inútil
al que un día juzgaréis
desde lo más profundo
de vuestros corazones.

NI OS PIDO PERDÓN

por mis errores
ni reconocimiento alguno
por cuanto de bueno
hice en vuestras vidas;
es tan solo la hora
de ese último acto
de generosa comprensión,
inevitable fondo de todo adiós
que limita el mundo con la nada.
Comprendedme tan solo;
comprended a este hombre
que os llevó de la mano
mientras pudo,
que lloró por vosotros,
con vosotros
y que nunca os bendijo
ni os ungió con mentiras.
Comprended a este hombre
que hoy os mira y sonríe
y no os deja otra cosa por herencia
que el paso ya seguro,
la hermosa incertidumbre
de vuestra propia libertad
y el mundo todo
abierto en la distancia. Comprended a este hombre
que se va
porque cuanto le rodea
tiene ya vida propia
y le es ajeno,
porque ha entendido de una vez
serenamente
lo antiguo de su hazaña: vivir,
solo vivir,
—ese apasionante desamparo—,
seguir viviendo como si la casa
fuera la misma casa
que os vio crecer
poblada de fantasmas.
Pero no.

Esta no es ya su casa
ni puede ser la vuestra;
no pertenece a nadie,
no es de nadie,
como vosotros,
como yo mismo
que me niego a reanudar
en un cómico enderezo
la hora del ayer
clavada en la nostalgia.

5

Y QUÉ DECIRTE A TI
que tú no sepas.
Cómo explicarte sin que sonrías o repruebes
en qué consiste esta renuncia
a los 57 años de mi vida,
por qué estos versos,
a qué esta despedida.
Cuánto otoño se junta en esta hora,
cuánto sol en tus ojos
y cuánta noche a cuestas.
Hemos cruzado vientos y desiertos,
ciudades con jardines
y cuevas de penuria.
Cuando el dolor mordió
con la saña frontal de un lobo malherido
nuestras vidas,
salimos adelante
el uno junto al otro
ofreciéndonos el pan de cada día,
el abrazo y la lágrima,
la mano en la caída,
la palabra de bálsamo
o tan solo el silencio,
esa forma tierna de respeto.
No hemos sido perfectos
ni ejemplares:
nunca te acostumbraste al desaliño de mi vida
y yo nunca entendí la última razón
de tus enfados repentinos.
Pero con más gloria que pena
—y mira que hubo pena—
llenamos esta casa de muebles y de signos,
de miradas y risas,
versos y porcelanas.
Nunca supe contarte,
nunca supe expresarte
todo lo que sentía.
Si levantas ahora las alfombras
y buscas por las esquinas,
encontrarás esqueletos de palabras

que murieron en mi boca sin ser dichas,
besos que no te di
entre las flores secas,
fantasmas de caricias
que vagan por los pasillos
y demandan tu piel
y que aquí seguirán
pálidamente
toda la eternidad
buscando tus mejillas.

6

Y NO HAY MÁS.

No hagas dobles lecturas
ni busques otra explicación
porque no hay nada escrito
en la siguiente página.
En realidad
este largo poema
no es más que una de esas notas
que se dejan con un imán en la nevera:
«Me voy,
esto ha empezado a deshelarse
y pronto todo estará inundado.
Un beso».
Ya ves:
un beso solo
a cambio de una vida,
un mensaje lacónico
para ofrecerte nada.
—Vente conmigo ¿quieres?
Yo sí quiero que vengas;
sin ti
no sé qué ocurrirá
sin ti
pero sé
que nada podrá ser
del todo hermoso.
Sucede
que me da miedo estar solo.
Sucede que este miedo
no es ese pánico irracional
que tan bien me conoces,
ni un momento de debilidad ni nada sutilmente pasajero. Sucede todo esto y mucho más; ya ves, ocurre que me despido del mundo y de sus cosas y al final me doy cuenta de que este derrumbamiento lento, meditado, contado en un millón de versos, es sólo un *posit* amarillo pegado en la nevera y una frase garabateada sin urgencia: «Me voy, esto ha empezado a deshelarse y pronto todo estará inundado». Y no sé si lo entiendes, pero te juro que no hay angustia ni desesperación ni desconsuelo. Muy al contrario: me encuentro en paz al fin conmigo y con los otros, con las cosas, con lo que un día

fue nuestro y ya no es, que está junto a nosotros pero no nos pertenece estrictamente. También se puede morir de un ataque de paz en plena tarde y ese es el miedo que ahora siento, un miedo casi lánguido, suave y a veces doloroso como las manos de Cris cuando acarician sin medida. No sé muy bien a dónde puedo ir a estas alturas pero, si quieres, acompáñame en este viaje que ni siquiera llega a la categoría de un exilio; hagamos también juntos este camino que va a ninguna parte, caminemos sin más sobre la arrumbada historia de nuestras vidas perfectamente en orden. Este es un viaje raro y necesitaría también tus manos para hacerlo. Tus manos, tus manos que conozco
tus manos
¿Oyes el viento por el patio?
Tus manos me dan forma
¿Me ves la cara o la tengo tapada por tus manos?
¿De qué color era la tuya caliente mano tuya cuando me amabas?
Tus manos, tus anillos
¿Por qué hay tanta distancia entre tus manos y mi cuerpo?
El viento se levanta entre nosotros
y tengo frío y lloro y lloro y lloro.
La casa es cada vez más pequeña y el agua, el agua lo está anegando todo, tus manos y mi cuerpo y mi cuerpo y tus manos y ya apenas cabemos. Corre, aún estamos a tiempo.
He dormido tantas noches con el vientre sujeto a tus entrañas que al amanecer era casi un hijo, un pequeño hijo que cabía en mis manos y en tus manos y se dejaba acariciar por todas partes. Quisimos que volara, que volara y qué dulcemente se nos rompió en el alba.

7

AHORA YA ESTAMOS SOLOS.

Terminó mi aventura
y no quiero que compartas
este sentimiento de abandono;
solo te pido
que sigas junto a mí
caminando a mi lado
y que tus ojos
—como siempre—
descubran su paisaje
que no ha de ser, lo sabes,
el desolado derrumbamiento
en el que me he precipitado
serena y dulcemente.
Apelar a la vida compartida
ha sido un truco sucio.
Aquí y ahora,
mientras el agua anega mis moradas,
desde la puerta dispuesto a la partida
me confieso:
te quiero a ti, mujer,
te necesito
no en nombre del pasado
ni para ningún proyecto de futuro;
no como el fruto ajado
de esa desgracia intolerable
que llamamos costumbre,
ni tan siquiera por un miedo
que en realidad no siento.
Te quiero,
eso es todo
y no sé
si un egoísmo así resulta suficiente
para pedirte que sigas a mi lado;
pero este sentimiento
es al fin la única razón
que realmente me queda y te reclama.
Te quiero.
No hay más.
Nada más.

Esto es todo,
todo.
Que los dioses me perdonen
el amor que aún te tengo.
Estos son los últimos versos que escribo. Este es el último libro de poemas que publico. Ya no queda nada por decir.

LAS SOLEDADES DE CARANCANFUNFA

Nota del autor

En 1986, Ediciones Libertarias publicó, aunque apenas se llegó a distribuir, una pequeña colección de textos que titulé *Las soledades de Carancanfunfa*. Releyendo hoy aquellas líneas, me parece que en su mayoría eran una especie de pórtico, una premonición o un anuncio de lo que veinte años después fue *El libro de las despedidas*.

Naturalmente —y para variar— no estoy muy seguro de tener razón y tal vez nada tengan que ver un libro con el otro; no lo sé. Probablemente solo es una coartada de mi ya deslucida vanidad para rescatar del olvido unos textos por los que siempre sentí devoción muy especial. De cualquier modo he pensado que añadirlos —revisados y podados debidamente— a esta nueva edición de *El libro de las despedidas* podría completar mi muy humilde mundo poético que, como ha quedado escrito, permanece cerrado ya a cal y canto.

Por cierto: muchas veces me han preguntado quién es Carancanfunfa. Se trata de un personaje imaginario inventado por Enrique Santos Discépolo para la última estrofa de la tercera letra que tuvo el tango titulado «El choclo» y que es la versión con la que se hizo popular y que se refiere al propio tango. Exactamente dice así:

Carancanfunfa se hizo al mar con tu bandera
y en un pernó mezcló a París con Puente Alsina.

Alrededor de este nombre que me fascinó y sin más señas, en una época construí un mito que quiso ser novela y no llegó a los once folios.

PUESTA EN ESCENA
(interior tarde/noche)

(20.36 h.)
Mírame. Aquí estoy sentado frente a ti con una vasito de café en una mano y un pitillo entre los labios. Estoy hablando solo ¿te das cuenta? Son las 8 y 36 de la tarde y de la calle sube el ruido amoroso de la calle. Te explico. Es que me he levantado de pronto de la cama con una prisa urgente, incomprensible, y me he entregado a la tarea de prepárame un café —Mokanor instantáneo — como si en ello me fuera la vida. Toso mucho, ya lo sabes, y la amargura del café y el desgarro del pitillo en la garganta me descansan. Me contemplo frente al espejo así, medio en pijama, con el vasito en una mano y el pitillo entre los labios. Hablo en voz alta. Todo esto carece de sentido. Lo sé, lo sé; claro que lo sé
(20.40 h.)
pero no sé qué decirte, qué historia miserable o tierna, qué mentira vergonzante o qué verdad acurrucada de frío e impotencia
(20.44 h.)
aquí me tienes a las nueve menos cuarto mirándome abrumado por nuestra media vida ya vivida, por una historia personal excesivamente consecuente dejando que mis pies descansen sobre esta mesita que sin duda me va a sobrevivir. ¿Qué decirte que no resulte a estas alturas sospechoso, convencional o trágico? ¿Qué extraño ahogo me ha puesto frente a ti? ¿Por qué me he levantado con tanta prisa de la cama y he recurrido a un café negro y amargo para seguir en esta historia rara que es la vida?
(20.47 h.)
posiblemente el miedo, sí, posiblemente el miedo. Yo debería embadurnarme ahora los dedos de teléfono y llamar ¿a quién?, llamar pidiendo auxilio o paz y huir de esta casa hacia el ruido acogedor y anónimo que sube de la calle, dejar sobre esta estúpida mesa camilla mi media vida ya vivida y llevarme la tos que solo es mía y los pitillos negros y compartir con el primero que pasase la bronquitis, la soledad, el pánico, esta media historia de mi vida que me persigue obstinadamente
(20.50 h.)
(No sé qué está ocurriendo. Mírame a los ojos, dime algo)
(20.52 h.)
te confieso que no siento ningún deseo de luchar, te confieso que a la nueve menos diez pasadas de esta tarde/noche, quien te habla es un hombre abrumado, vacío, indiferente y solo, un hombre, por tanto, autopeligroso
(su ausencia me provoca, he mirado, he mirado
(20.52 h.)

su ausencia me provoca. He mirado debajo de las camas abierto la nevera, los armarios, las cortinas y visillos, todo todo; y solo estaba el ruido de la calle. En todos sitios encontré su ausencia, en todos sitios. El cuarto está tan oscuro, tan frío, hace miedo)

Es muy dulce estar solo

(20.55 h.)

dolerte de estar solo y comprender de golpe que se ama fatal y mansamente todo aquello que llenó lo que hoy es solo ausencia. Yo debería ponerme ahora lo que fuera, ese abrigo azul, y buscar por las calles hasta encontrarlos y vilmente acurrucado entre sus cuerpos desfondarme a llorar a llorar a llorar hasta que llegue el alba, llorar y solo decir os amo os amo os amo tanto, llorar hasta que llegue el alba, nos levante en su cúpula y suavemente me estrelle contra un nuevo amanecer.

LAS SOLEDADES

1

Nunca nadie sabrá que merendábamos tarde y canela en los tiempos templados del pan y del aceite. Nadie nunca sabrá de tus manos calientes ni de ese loco afán por esquivar palabras y recrear sonidos. Madrid anochecía entonces como ahora anochece y tú y yo corríamos descalzos sobre el sándalo, calcetines azules y manoplas de niña-lana.

2

Te recuerdo en cada gesto, la paz inverosímil de tus manos, los anillos que usabas y tu voz. Alguna vez me duelen aún tus lágrimas pasadas. Recuerdo cómo andabas, cómo eran tus dolores y tu portal en sombras y tus noches y aquel cuarto de estar y el café a media tarde y la última vez que hablé contigo, lejana. Muy vagamente recuerdo tu sonrisa pero nunca tu rostro nítido y de frente mirándome.

3

Con avaricia y rabia, tiernamente por tanto, rebaño tus recuerdos en los días más largos y más tristes. Pero ni sé ya como es tu boca, amor, ni tu sonrisa ciertamente. Tus manos, sí. Tus manos me persiguen entre sueños y horadan mis insomnios en las noches más negras.

4

Me pregunto ahora dónde están las secuelas de tus besos, qué me queda amor a estas alturas de tu vientre de luz y de tus pasos amarillos. Indago entre los surcos de mi rostro la huella de tus manos, busco sobre mi piel tu sangre derramada; más solo está mi cuerpo solo. Y los cuchillos. Y el desahucio tremendo con el que me habitaste.

5

Te lo anuncié. Te dije «Es malo acostumbrarse a ser feliz»; pero obstinadamente nos quisimos. Y ya ves, hoy nos separan años de distancia y se levanta entre nosotros el más tremendo de los desconciertos. Desde mi programada paz te recuerdo esta noche como nunca lo hice. Tendría que decirte tantas cosas, decirte por ejemplo «Es malo acostumbrarse a ser feliz». Y te nombro, amor, te nombro y te bendigo. Sigues siendo el pan de mi vocabulario.

6

¿Pero qué imagen mía guardas metida en un paréntesis de humo? ¿Qué conservas de mí? No, no queda nada, nada y yo lo sé: solo tu propia realidad rotunda y luminosa y mi rabia humillada y mi resignación de ser —sobre todos— tu gran olvido.

7

Porque llegó la separación y nada resultó tan sorprendente como habíamos previsto. Y es que el olvido —ya te lo dijeron— no es sino una herida que se vuelve de espaldas y el desamor nos sorprendió en medio de la calle repitiendo por enésima vez viejas canciones de paz y de ternura, calcetines azules y manoplas de niña-lana.

8

Estabas tan hermosa aquella tarde entre sedas y azules que casi no debiste poner en pie el engaño. Pero no hubo un adiós sobre el espejo pintado con sangre de carmín, ni beso final ni despedida. Estabas tan absolutamente hermosa aquella tarde que pedí un café solo, encendí un cigarrillo y esperé, serenamente, a que llegara tu mentira.

9

Aquella madrugada me desperté del lado del vacío, me tapé la cara con las manos y lloré y te maldije de tal modo que todo aquel amor me dolía en el pecho.

10

(Ya sé lo que es el desamor: es una tacita de café que se deja solitaria en cualquier parte).

11

Llevo tanto otoño dentro de mí que empiezo a perdonar lo imperdonable, que empiezo a sonreír y te saludo con la mano mientras derramas sándalo sobre otras frentes más jóvenes y hermosas. Yo, nada menos que yo, el que nunca pudo quererte, empiezo ahora a bendecir tus ruinas.

12

Qué espantosa sensación de vacío. Solo estoy yo jugando a recordarte, agarrándome inútilmente a tu recuerdo, pronunciando tu nombre como una letanía y contemplando ese teléfono que espera. Es todo cuanto hoy poseo: la absurda posibilidad de marcar tu número y oír tu voz o tu silencio, tu desamor, tu mar de lágrimas, tu frase convencional o tu desprecio. No. Enciendo un cigarrillo, cierro los ojos y escrupulosamente me entrego a la dulce tarea de olvidarte.

13

(Escucha, ya queda poco pero quiero que sepas que escribir es a veces una forma disimulada de llorar, un intento baldío de romper, entre letras, esta oscura cadena de desgarros).

14

Yo te escribo todo esto a los cien años del desamor y de la ausencia. Debes saber que estoy enfermo ya y más bien desolado.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
© Andrés Aberasturi Ferrer, 2005, 2018
© De la introducción: José Antonio Marina, 2005
© La Esfera de los Libros, S. L., 2018
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com
Primera edición en libro electrónico (mobi): febrero de 2018
ISBN: 978-84-9164-264-0 (mobi)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.